EL ABC DEL SOCIALISMO

FRED HENDERSON

1

Ediciones de la Comisión de Cultura
del Partido Socialista

PRECIO $ 0 30

EL ABC DEL SOCIALISMO

Nadie puede hoy en día ejercer ineligentemente los derechos inherentes a la ciuddanía sin una clara comprensión de las ideas socialistas.

En las elecciones parlamentarias o municipales, así como en todas las cuestiones que se suscitan relacionadas con la cosa pública, las soluciones son calificadas, cada vez con mayor insistencia, mediante los términos de socialistas o antisocialistas, y esto no sólo en lo que concierne directamente a los proyectos o proposiciones sustentados por los socialistas mismos, sino también en los de todos los otros partidos políticos en cuyas actividades pueda ir involucrada aunque transitoriamente, una parte del ideal socialista. Ningún voto, pues, puede considerarse un voto consciente si no existe tras él un relativo conocimiento de la cuestión socialista y un juicio razonado respecto a las ideas y postulados que el Socialismo abriga y sustenta.

El movimiento socialista ha pasado hace ya mucho ese período de prueba que todo movimiento nuevo se ve obligado a afrontar, el período en que los prejuicios y las prevenciones irrazonadas se la oponen y en el que es corriente la utilización contra él de epítetos confusionistas y sin fundamento. En el transcurso de una sola generación

ha conseguido agrupar en su seno a millones de hombres y mujeres diligentes y reflexivos, habiendo expuesto sus aspiraciones en forma tan convincente, que en todo país civilizado la conquista por él del poder del Estado es la cuestión dominante dentro de la política. En todas partes ha tratado de exhibir ante el pueblo las causas que determinan la existencia de la pobreza y la injusticia en un mundo de recursos abundantes, casi ilimitados; y en todas partes la generalidad de los hombres va concentrando cada vez más en el Socialismo las esperanzas de realización de un ideal superior consistente en una humanidad liberada de toda miseria. Por lo tanto, todo ciudadano que desee hacer frente en forma inteligente a las responsabilidades que implícitamente van involucradas en sus derechos de ciudadanía, debe estudiar con detención la cuestión del Socialismo. Por otra parte, es evidente que entre el pueblo consciente y trabajador, el deseo de realizar ese estudio y de llegar a una comprensión clara de las aspiraciones socialistas, existe en forma manifiesta. Y es tratando de satisfacer ese deseo que se escriben estas páginas, en las que se hallará una exposición sucinta de las enseñanzas esenciales del Socialismo.

En primer lugar, los socialistas creemos firmemente que la miseria puede ser evitada. Ante todo, comprobamos un hecho primordial que conviene no perder nunca de vista, y es que el pueblo no es pobre, en Gran Bretaña, por ejemplo, porque Gran Bretaña sea un país pobre. Tenemos la convicción de que el mundo civilizado está capacitado para producir suficiente riqueza como para suministrar a todos los seres que lo habi-

tan un elevado nivel de vida y que si la realidad es otra, se debe simplemente a que el camino entre la riqueza factible de ser producida y la mayoría del pueblo, se halla obstruído.

En consecuencia, afirmamos como punto primero que la miseria no es una cosa inevitable; que los recursos con que la humanidad cuenta son suficientes para anularla y que podría hacerse desaparecer, desde luego, si se viera con claridad qué es lo que impide a la riqueza de un país llegar hasta todos los hogares del pueblo y ser aprovechada por la generalidad.

Esto puede parecer a simple vista un lugar común. Pero si se reflexiona un momento sobre ello se verá que en realidad esas palabras establecen una verdadera y grande diferencia entre el Socialismo y todas las otras ideas políticas.

Todos los demás partidos consideran la existencia de la miseria como un hecho natural, como algo inevitable e irreparable, como algo que formara parte de la naturaleza misma de la humana condición.

Es verdad que tanto los liberales como los conservadores apoyan a menudo proyectos y medidas tendientes a aliviar los casos de miseria más extremosos, medidas tales como las pensiones a la vejez, el suministro de alimentos a los escolares necesitados, el seguro contra la desocupación obrera y otros por el estilo. Todo esto es bueno hasta donde ello pueda alcanzar, pero no toca para nada, ni menos intenta solucionarlo, el problema de la miseria en sí, cuyas causas parecen querer ignorarse. Por el contrario, con esas medidas se certifica que la miseria ha de continuar existiendo para que pueda ser aliviada con otras medidas parecidas a aquéllas. En verdad, se trata únicamente

de concesiones tendientes a prestar la ayuda mínima imprescindible, en una proporción no mayor a la que necesitaría un bote que hace agua para que no se hunda, a cuyo fin es preciso desagotarlo continuamente mientras se evita reparar en forma definitiva la avería, que es la única causante de la inundación. El problema de la miseria puede ser resuelto sólo si se ataca la fuente que lo produce, es decir, calafateando en forma la parte averiada del bote que hace agua.

Lo que los liberales y conservadores consideran como algo inalterable e inevitable es la existencia de una clase rica y de otra clase pobre; de un lado, una parte de la población que vive cómodamente una amplia vida llena de confort y de halagos y de otro, el pueblo trabajador hacinado en viviendas reducidas carentes de toda comodidad y disponiendo de entradas apenas suficientes —y a menudo insuficientes— para su subsistencia.

Ningún partido político fuera del partido socialista abriga la menor intención de cambiar fundamentalmente este estado de cosas. Algunos están dispuestos a acordar determinadas reformas dentro del orden social existente y sin duda se alegrarían si pudiera asegurarse a las clases pobres un trabajo regular y permanente con salarios lo suficientemente buenos como para permitirles sobrepasar, aunque fuera un poquito, el mero margen de lo imprescindible para la simple existencia, en forma que, por ejemplo, los trabajadores pudieran habitar en los suburbios, en casas para obreros, en lugar de hacerlo en inquilinatos, disponer de un pequeño jardín para cultivar, trabajar ocho horas por día en vez de diez o doce y hasta gozar de una semana o una quin-

cena de vacaciones en el verano (1). Pero el hecho primordial de la existencia de una clase rica y de otra pobre quedará en pie; una reducida clase rica llevando una vida de amplias comodidades y placeres y una vasta clase pobre debatiéndose en la escasez o en la miseria. La acción de todos los otros partidos se reduce, en el mejor de los casos, a las reformas mencionadas, que se consideran medidas de política práctica y que en resumen no son más que meros paliativos para mitigar las necesidades extremas de los más miserables; la idea socialista, en cambio, es que los recursos nacionales deberán ser aprovechados en beneficio de toda la población del país y que esa división de clases, siendo por sí misma una cosa injusta y dañosa, debería desaparecer.

Por otra parte, cuando los socialistas decimos que la pobreza o la miseria pueden ser evitadas, es preciso comprender que por "pobreza o miseria" queremos significar algo muy distinto a la absoluta carencia de todo lo necesario. Esos términos no son términos absolutos sino bien relativos y en la actualidad estrechamente relacionados con las posibilidades con que el hombre puede contar en el mundo de nuestros días.

Un hombre será pobre mientras se le manten-

---

(1) Precisamente de la misma manera, mientras existía la esclavitud, hubo toda clase de buenos propósitos sustentados por gente humanitaria, tendientes a mejorar la condición de los esclavos haciendo su servidumbre menos intolerable pero no alteraban la esclavitud como institución que formaba parte integrante del orden social. Lo más malo, sin duda, no era que las condiciones de la esclavitud fueran excesivamente duras y requirieran ser modificadas, sino la esclavitud misma, que por bárbara e injusta debía ser abolida. La posición ante el capitalismo privado es exactamenee la misma ahora, en lo que se refiere a todos estos propósitos de reformas dentro del orden actual existente.

ga apartado de toda oportunidad de gozar de una vida humana dentro de las posibilidades y extensión que le permitan los recursos existentes en el mundo que habita. Podría ver satisfechas sus necesidades físicas, como por ejemplo, alimentos, vestidos y alojamiento, pero eso solo no constituiría una vida humana. Infinidad de animales están en esa situación sin por eso perder su condición de tales. Si los recursos existentes en el mundo son amplios —y lo son— capaces de suministrar al hombre, a todos los hombres, los elementos necesarios para llevar una existencia cómoda, segura, que los capacite para gozar de la vida como de una gracia, además de satisfacer sus necesidades físicas, no dejará de ser un hombre pobre aquel a quien se mantenga apartado del pleno goce de aquellas posibilidades. Los socialistas rehusamos aceptar como lógico cualquier nivel de vida que pretenda reducir o restringir esas posibilidades y detener el progreso de los hombres hacia una vida cada vez más humana. La costumbre de establecer distintos niveles de vida para las diferentes clases sociales como si se tratara de algo natural, está tan arraigada en la mente de muchas personas en la actualidad, que es la cosa más corriente escuchar a la gente rica denunciar como extravagante e irrazonable la pretensión de los obreros a obtener determinadas ventajas o beneficios que, sin embargo, mirarían como privación intolerable si a ellos mismos les fueran quitados. Los socialistas acusamos a este modo de ver las cosas como basado en prejuicios de clase, sostenemos que un hombre es un hombre y que no queremos diferencias de esa naturaleza.

Aspiramos a un nivel de vida humano para to-

dos. Y cualquiera sea la clase de vida que los recursos generales del mundo hagan posible para todos los hombres, todas las posibilidades de ellos deben aplicarse a mejorar ese standard; y como el dominio del hombre sobre la naturaleza aumenta sin cesar y sus actividades productoras de riqueza resultan cada vez más y más rendidoras en razón del continuo incremento de sus conocimientos e invenciones prácticas y científicas, ese mayor rendimiento debe servir para mejorar el término medio general, elevando el nivel de la vida de toda la comunidad, sin dejar a clase alguna o a parte ninguna de la población fuera del progreso general.

Estar por debajo de ese nivel posible es ser pobre. Reservar para el goce de una clase sola algunas de las cosas que deberían considerarse como herencia y propiedad del conjunto de los seres humanos, es evidente injusticia de nuestra organización social. Y aún cuando mañana mismo fueran realizados todos los propósitos de "reformas sociales" de los partidos políticos ortodoxos dentro del actual orden social, esa injusticia fundamental de la división de clases y de los privilegios de clase permanecería inalterada. Ello no significaría aún que constituímos una sociedad realmente humana sino una sociedad formada por las clases ricas y dentro de ella, un conglomerado de personas sometidas a servidumbre, formado por las clases pobres.

Con lo dicho puede ya entreverse lo que los socialistas queremos significar al decir que aspiramos a que los recursos generales de un país sean aplicados en provecho de la totalidad del pueblo que lo forma.

El problema consiste en establecer cómo sería

posible arribar a ese resultado. Y no se puede responder a esta cuestión sin ver antes con claridad qué es lo que actualmente impide a los recursos abundantes de la nación llegar a la mayoría de los hogares de esa misma nación. Es por eso que en primer lugar nuestras investigaciones han de dirigirse detenidamente sobre este punto.

La riqueza de la cual depende la vida del mundo es producida por la labor manual o intelectual aplicada a la tierra o a las órdenes del capital.

Ahora bien; fijémonos en las dos clases en que la sociedad está netamente dividida y observaremos que ellas obtienen su parte de aquella riqueza producida por caminos diferentes.

La clase que suministra su labor física o intelectual, vive del salario.

La clase que posee la tierra y el capital, vive de la renta, los intereses y las ganancias.

En ambos casos su subsistencia depende de la producción de riqueza diaria y permanentemente realizada por el mundo. (2)

Y, hablando en general, el obtener los medios de la propia existencia mediante el salario significa vivir una vida estrecha y restringida y las personas reducidas a esa condición forman la clase pobre o trabajadora, mientras que conseguir los medios de subsistencia mediante la renta, los intereses o la ganancia, significa vivir una vida plena y completa y las personas en tales condiciones constituyen la clase rica o privilegiada.

Existen excepciones, es claro. Hay gente que

(2) Reténgase especialmente esta observación; se verá su importancia a medida que vayamos desarrollando nuestro razonamiento.

vive pobremente de rentas, alquileres o dividendos y técnicos capacitados o expertos calificados que viven bien con buenos salarios. Es evidente que hay una cierta mezcolanza de clases; no puede decirse que haya una gran masa de gente pobre viviendo de sus salarios, luego un cerco, y del otro lado una cantidad de personas ricas que vivan de rentas, alquileres o dividendos. Desde la extrema miseria hasta las grandes fortunas se encuentra toda una gama de distintas gradaciones. Algunos pequeños propietarios complementan sus entradas por alquileres o dividendos, demasiado chicas, ganando un salario y, por otra parte, algunos obreros asalariados consiguen ahorrar algo y perciben intereses en pequeña escala. Pero en general, la realidad es que el carácter distintivo de la clase pobre reside en el hecho de que su subsistencia depende de la obtención de un salario, mientras que la clase rica se distingue porque obtiene la suya de la propiedad de cosas o de capital.

El propósito de nuestra investigación, pues, ha de ser el de descubrir por qué es que las riquezas de la nación, producidas cotidianamente por el conjunto de sus habitantes, se distribuyen entre ellos en la forma indicada; cuáles son las causas de que la propiedad haga posible una manera de vivir y el trabajo otra muy diferente: la primera, amplia, cómoda; la segunda, pobre y sin horizontes.

Aquí es preciso hacer una breve digresión a fin de que cada punto de nuestra argumentación resulte perfectamente claro, digresión que se refiere a algunas palabras escritas poco antes y sobre las cuales habíamos rogado al lector se

fijara especialmente. Dijimos, en efecto, "en ambos casos su subsistencia depende de la producción de riqueza diaria y permanentemente realizada por el mundo".

Los hechos relacionados con esta afirmación deben ser puestos en claro en la forma más amplia posible.

El problema que estamos examinando no es el problema de una clase que posea los medios de subsistencia, frente a otra que carece de ellos. El problema consiste más bien en la distribución diaria y permanente de los recursos que se producen día a día en el mundo, mediante el trabajo de la mayoría de los hombres.

Es sobre este particular que existe la confusión más grande en la mente de aquellos que no se detienen a examinar con amplitud estos asuntos. Muchos se imaginan al hombre pudiente como poseyendo riquezas —que puede haber heredado de sus padres— y viviendo de ellas o pagando con ellas salarios a la gente que emplea, etc. Mas en realidad, nada de eso es cierto. El conjunto de los habitantes de la nación, ricos y pobres, vive gracias a la producción de riqueza realizada diaria y permanentemente por la mayoría de la población.

El hombre rico posee tierras pero no puede vivir de tierra. Vive de los productos extraídos de esa tierra mediante el trabajo. Posee capital pero no vive comiéndose su oro. Vive de lo que día a día le produce la labor de los que trabajan a las órdenes de su capital. La totalidad del valor de sus tierras o capitales como generadores de entradas para él, reside en el trabajo humano agregado a esa tierra o a ese capital y en la constante y real productividad de esa labor. En el

fondo, él no paga salario alguno. El trabajo produce sus propios salarios al mismo tiempo que las rentas o ganancias de aquél.

El hombre rico no hereda las cosas necesarias mediante las cuales vive. No puede vivir de ninguna otra riqueza que de la riqueza que se va produciendo a su alrededor día a día y continuamente. Lo que hereda es dominio sobre las fuentes productoras de esa riqueza. La tierra es la fuente primordial de toda riqueza. El trabajo aplicado a la tierra la hace productiva y es de su fecundidad constantemente renovada que depende la vida de la humanidad. Ella no es sólo la única y original productora de alimentos sino también de metales, maderas y millares de otros productos de los cuales el trabajo y el ingenio humano extraen la posibilidad de realizar la complicada producción actual necesaria a la vida moderna. Y a medida que la civilización avanza, el hombre desarrolla cada vez más su capacidad para crear medios e implementos productores de riqueza, siempre más eficientes que sus manos y que representan un vasto poder creador de riqueza si se los utiliza con orden e inteligencia. Este es el capital que ayuda al hombre a multiplicar su capacidad para producir y renovar la riqueza perecedera, que usa y consume a fin de subvenir a sus necesidades físicas y al confort de su vida.

Es, pues, el dominio sobre esas fuentes de producción, —tierra y capital—, lo que el rico hereda y el valor de tal herencia reside en el hecho de que ella constituye un medio para conseguir que la riqueza perecedera y constantemente producida por la humanidad de la cual depende la existencia de todos, vaya pasando a sus manos a medida y tan pronto como se va creando.

Vemos, por lo tanto, que cuando se habla de la distribución de la riqueza nacional, es necesario prevenirse cuidadosamente contra el error muy común de figurarnos esa riqueza como algo fijo y permanente. Cuando por ejemplo la gente repite la vulgar idiotez —que los más tontos de entre ella imaginan constituye un argumento contra el Socialismo— de que si se repartiera hoy el total de las riquezas del país entre sus habitantes volverían a producirse mañana las desigualdades, el craso error en que caen es el de suponer que la riqueza de la nación es una cosa fija, inalterable y mensurable con la que puede hacerse un montón para dividirla luego de inmediato en partes iguales. Es indudable que no sería posible hacer nada parecido a eso aun en el caso de que hubiera alguien tan estúpido como para intentarlo.

El problema de la distribución de la riqueza no es un problema a resolver mediante un acto único y definitivo de repartición, sino mediante el ajuste constante del continuo proceso de su distribución. La riqueza de un país prodúcese constantemente, se distribuye constantemente y se consume constantemente en una corriente continua de productos y mercaderías y el problema de su distribución no puede reducirse a efectuar una división o reparto determinados en un momento dado, sino a disponer de una canalización apropiada que encauce su flujo constante y regular hacia la vida de todo el pueblo de la nación.

He dado cierta extensión a este punto porque considero que una comprensión acabada del mismo es de fundamental importancia. Su mala o deficiente interpretación daría margen a ideas

confusas y falsas sobre el conjunto del problema económico. Es imprescindible ver con claridad la verdadera naturaleza de la riqueza sobre la cual se basa la existencia de la humanidad —cómo ella se produce en forma constante y también en forma constante se consume; cómo se crea, gasta y usa día por día— y entonces el problema de su distribución se nos aparecerá de golpe bajo un aspecto mucho más claro y bajo una luz nueva. Gran error es el de creer, como le sucede a muchas personas, que la clase rica posee actualmente enormes riquezas y que los socialistas pretenden quitárselas para entregarlas a la masa del pueblo, siendo así que, lo repito, lo que la clase rica posee es dominio sobre la dirección de la corriente formada por la riqueza o sea sobre el proceso de su distribución, en forma tal, que la riqueza que aún hoy no existe, la riqueza que recién será creada mañana, la semana entrante o el año próximo, está destinada a ser de su propiedad y se encauzará hacia sus manos de manera permanente y constante tan pronto y a medida que sea producida.

Es a este proceso de distribución al que damos una enorme importancia.

La clase rica posee alguna riqueza que podría pasar a poder de la comunidad, pero esto es sólo incidental dentro de su dominio sobre las fuentes de riqueza y sobre el proceso de su producción y distribución. El carácter verdadero de sus privilegios de clase es su posesión del poder para apropiarse de las riquezas que se están creando o que se crearán luego en cualquier momento, mañana, pasado o en cualquier tiempo futuro, mientras el sistema actual continúe existiendo.

Y ahora, volvamos a la cuestión que habíamos dejado pendiente para hacer la necesaria digresión que antecede. ¿Qué es lo que impide a los recursos abundantes de un país llegar hasta los hogares de la mayoría de su población? ¿Cómo es que esta continua y desbordante corriente de riquezas que fluye de las cotidianas actividades de la nación, en lugar de irrigar la vida total del país corre en forma tal que inunda algunas existencias de comodidades y lujos excesivos dejando millares de otras debatiéndose dentro de la aridez de una permanente sequía?

¿Acaso no se delinean ya las respuestas definitivas para esas preguntas? Consideremos por un momento lo que hemos visto constituye la diferencia esencial entre las dos clases antes mencionadas y la distinta manera en que cada una de ellas obtiene sus medios de subsistencia. Lo que distingue a la clase pobre es que vive del salario; lo que distingue a la clase rica es que vive de rentas, intereses o ganancias. Evidentemente, la diferencia entre las entradas provenientes del salario y las entradas provenientes de rentas, intereses y ganancias, nos señala el camino por donde proseguir nuestra investigación respecto a las causas que impiden a los recursos del país llegar hasta los hogares de toda su población, beneficiando la vida general de la nación.

Lo más práctico para seguir ese camino es tomar como ejemplo un caso actual cualquiera de producción de riqueza bajo las condiciones normales dentro del régimen capitalista existente y estudiar con detención lo que sucede.

Tenemos aquí, por ejemplo, una fábrica de calzado donde un millar de hombres (para ser más exactos diremos que en esa cantidad se incluyen

también muchas mujeres y niños) se dedican todos a producir botines y zapatos. Al final de la semana, el trabajo, operando sobre el capital representado por la maquinaria y las materias primas, ha creado una riqueza nueva bajo la forma de un producto terminado: el calzado.

El valor de los botines y zapatos terminados incluye el valor de la materia prima y el trabajo de un vasto ejército de personas que se dedicaron a preparar ese material desde el cuero en bruto hasta el curtido, antes de que pudiera llegar a manos del obrero que lo ha transformado en calzado, fuera de la labor y dedicación de aquellos que, desde el inventor hasta el minero, pusieron a disposición del obrero zapatero las máquinas con las cuales trabaja. Pero el obrero zapatero al transformar esa materia prima en un artículo terminado, listo para el consumo, ha creado un valor nuevo y dado existencia a una nueva riqueza constituídos por la incorporación de su fuerza de trabajo humnao a los botines y zapatos fabricados.

Ahora bien, ¿cómo se distribuye esta nueva riqueza que acaba de crearse?

La totalidad de ella pertenece a la persona propietaria de la fábrica.

Al terminar la semana, habiendo entrado en posesión de esa nueva riqueza recientemente producida, el propietario devuelve una parte de su valor en forma de salarios que abona a los obreros.

¿Qué es lo que fija o regula la proporción que el patrono ha de devolver en forma de salario?

Exactamente lo mismo como es necesario suministrar combustible y lubricante a las máquinas inanimadas para hacerlas funcionar y mante-

nerlas en buen estado de eficiencia, al obrero, la máquina humana, debe suministrársele alimentos, vestidos y vivienda para conservarla en buen estado de eficiencia para el trabajo. El propietario de la fábrica compra trabajo y lo hace al menor precio posible. El salario representa el coste de manutención del obrero a fin de que viva y trabaje, el costo de conservación de la maquinaria humana de la fábrica.

Comparemos ahora esto con la situación del esclavo, mera propiedad de su dueño. Cuando el propietario de esclavos compraba un hombre, compraba trabajo. El valor del esclavo para su dueño residía en la capacidad de éste para el trabajo. Todo lo que el esclavo producía pertenecía a su patrón; el coste de su manutención debía salir de lo que el esclavo mismo producía y el propietario se adueñaba y vivía del excedente de riquezas creado por aquél.

Todo lo que se relaciona con la distribución de la riqueza producida, entre el esclavo y su dueño ¿no tiene una marcada analogía con la distribución de la riqueza entre propietarios y obreros bajo el régimen capitalista?

El dueño de esclavos tenía que realizar tres desembolsos: el pago de una suma determinada como precio del esclavo, el pago de tierras, herramientas y equipos para que el esclavo trabajara y por último, el continuo desembolso o gasto destinado a la manutención del mismo.

El capitalista tiene aún la ventaja sobre el propietario de esclavos de que se ahorra el primero de esos desembolsos. Consigue sus obreros por nada y llama a esto "dar empleo a los trabajadores", sosteniendo a la vez ser un benefactor de la comunidad al hacerlo. Todo lo que éstos

producen le pertenece, exactamente en la misma forma en que todo lo que producía el esclavo pertenecía a su dueño. El coste de su mantenimiento ha de salir de ellos mismos recibiéndolo en forma de salario y el propietario se queda con el excedente.

Tal es el proceso por el cual las riquezas constantemente producidas en un país se distribuen entre salarios, por una parte, y rentas, intereses o ganancias, por la otra. Los socialistas no hallamos diferencia fundamental alguna entre este sistema que llamamos "la esclavitud del salario" y el antiguo sistema generalmente conocido por esclavitud a secas.

Existen diferencias superficiales y de detalle pero no esenciales y ambos son idénticos en el hecho principalísimo de que tanto el dueño de esclavos como el capitalista obtienen sus recursos exactamente de la misma manera, por la apropiación del excedente de riqueza que queda luego de pagar el coste de manutención de las personas que producen esa riqueza.

La diferencia más grande, aunque superficial, entre las dos formas de esclavitud es que mientras el dueño de esclavos poseía en propiedad a la vez al hombre y a los medios de producción, el capitalista posee solamente la propiedad de estos últimos. Bajo el sistema actual el trabajador es libre, nominalmente; pero en la práctica, la diferencia entre poseer al hombre y poseer sólo los medios de producción resulta en realidad muy pequeña. El hombre que no dispone de medios de producción se encuentra desamparado, obligado ya sea a venderse por un salario al propietario de los medios de producción o a morirse de hambre. Prácticamente ambos sistemas llevan a la misma

consecuencia y a idéntico resultado; ya se posea al hombre o solamente los medios de producción, ambas formas de propiedad acuerdan el derecho y el poder de entrar en posesión de cualquier cosa que el hombre produzca mediante el único precio de su simple manutención.

Llegamos así a la conclusión de que la propiedad privada de los medios de producción explica la parcialidad con que al presente se realiza la distribución de la riqueza de la nación y encontramos en ella la razón por la cual vastas masas de pueblo viven en la pobreza en un país de recursos abundantes. La industria y el trabajo nacionales son dirigidos en beneficio de los propietarios y toda la sociedad está organizada para el provecho exclusivo de los mismos. La parte que el trabajador recibe no es más que el mero sustento para sí y para su familia, necesario para mantener en marcha el proceso de producción de la riqueza. Ni siquiera es considerada por la clase empleadora como formando parte de la distribución de la riqueza nacional producida. La industria del país les pertenece y ellos miran el monto de lo que pagan por salarios como una carga que disminuye sus recursos, como una carga que registran en sus libros bajo el rubro de "coste por mano de obra" y que pesa sobre sus beneficios; un gasto, en resumen, de la misma categoría que el que puede causarles la maquinaria o el combustible. El obrero no tiene ningún derecho a vivír y a trabajar en tanto ellos no encuentren provechoso emplearlo. Se trata de un paria sobre la tierra, que sólo puede conseguir un sitio dentro de la sociedad organizada con el permiso de un propietario y bajo la condición de ser capaz de encontrar un patrono que

quiera comprarlo. Lo que consuma para su sostenimiento es en tal caso, desde el punto de vista del propietario, un simple gasto más a deducir de los beneficios obtenidos con el trabajo de todos sus obreros, un gasto igual al del alimento del ganado que hay que deducir del precio que se obtiene por la carne si se desea calcular la ganancia.

Véase así con cierta claridad por cuáles conductos fluye y es distribuída la corriente formada por la riqueza nacional diariamente producida y por qué es que el hecho distintivo del hombre pobre lo constituye el que éste viva del salario mientras que el que distingue la otra clase de vida más amplia y plena de posibilidades, es el hecho de que se cuente con la posesión de algo. La propiedad privada de tierras o capital se revela, pues, como un simple subterfugio destinado a permitir que una clase reducida de la sociedad viva extrayendo lo necesario para su subsistencia y comodidades del trabajo de la comunidad, apropiándose continuamente, a medida que ella va produciéndose, de la totalidad de la riqueza nacional y de la que sólo devuelve lo imprescindible para el sostenimiento y sustento de los que trabajan.

Preguntémonos francamente ¿hay honestidad en esta manera de vivir?

Los socialistas afirmamos que no existe realmente, desde el punto de vista moral, ninguna diferencia entre este proceso de explotación capitalista del trabajador y el robo vulgar realizado por el ratero o el asaltante. Para nosotros, la clase elevada que vive en tal forma no es más que una clase constituída por seres de un vergonzoso parasitismo. Razonamientos sencillos, ba-

sados en las más elementales razones de ética general, nos llevan a comprender que en un mundo en el que es imposible satisfacer humana necesidad alguna sin humana labor, algo de profundamente injusto y deshonesto ha de existir dentro del actual orden social y su organización industrial, que haga posible que la riqueza producida con el esfuerzo de todos vaya a parar en proporción mayor a manos de los que menos trabajan o de los que no trabajan en absoluto. Aplíquesele nombres tan bonitos como se quiera — rentas, alquileres, intereses, ganancias de capital, aumento de valor o dividendos— el hecho es que su carácter esencial de robo, de tributo forzoso impuesto al trabajo por una clase ociosa y parasitaria, no se altera con ellos.

Es a la propiedad privada de la tierra y del capital a la que los socialistas acusamos de ser la causa fundamental y originaria de la pobreza y de la miseria. Denunciamos con energía su injusticia y su carencia de derechos a existir y a continuar existiendo. A ella achacamos directamente las dificultades económicas, el desamparo y la estrechez de vida de las grandes masas del pueblo.

Conviene ahora hacer notar que la clase propietaria obtiene y forma su capital exactamente de la misma manera y de la misma fuente de donde obtiene sus entradas, es decir, del excedente de riqueza producido por el trabajo fuera y por encima del coste de mantenimiento de los que trabajan a salario. Así como la riqueza producida, usada y consumida diaria y permanentemente por el mundo, no es una cosa fija e invariable de la cual viva la humanidad, el capital

tampoco lo es. Al igual que esa riqueza, el capital se gasta y se consume constantemente, renovándose sin cesar mediante lo que en el mundo se va produciendo de continuo. Tengo ante mí, mientras escribo, la publicación semestral del rendimiento de cuentas y balance de una de nuestras grandes compañías de ferrocarriles. En ella figura, como sucede todos los semestres, un fuerte asiento en el que se establecen los gastos por depreciación y renovación del material y de los implementos. ¿Qué significa esto? Significa que durante el semestre una proporción determinada del capital de la compañía ha sido consumido, ha desaparecido y ha sido reemplazado y renovado utilizando para ello parte de las entradas obtenidas durante ese mismo semestre. Y esto ocurre permanentemente, de modo que en el transcurso de un número de años dado, en un período relativamente poco extenso de tiempo, prácticamente la totalidad del capital de la compañía se consume y desaparece, siendo reemplazado por el que va produciéndose de las entradas que percibe la empresa. Y lo mismo sucede con toda empresa comercial o industrial cuya propia marcha ha de proveer su propio capital. El capital con que opera una fábrica cualquiera es capital provisto por el trabajo, capital que va extrayéndose de las entradas que se obtienen a medida que el negocio crece y se desarrolla. Esto es lo que se llama "una empresa en pleno desarrollo"; vale decir, una empresa cuyo capital no sólo va renovándose mediante lo que produce, ya que si no lo consiguiera caería de inmediato en la bancarrota, sino que aumenta, permitiendo así la ampliación y crecimiento de sus operaciones. Todo proviene

y sale del trabajo, tanto el capital en sí mismo, como las ganancias.

En cuanto a la propiedad de la tierra, no hace falta ser socialista para comprender lo que la mayoría de los liberales y muchos otros políticos ortodoxos admiten ya, o sea, de que la propiedad privada de la tierra no se basa ni puede basarse en razón alguna de moral ni de justicia.

La tierra es la herencia común de toda la raza humana. Constituye la cosa esencial para nuestra existencia, el depósito natural del que originariamente extraemos todos los recursos imprescindibles para nuestra vida cuya posibilidad depende en forma absoluta de ella, en forma tan absoluta como del aire que respiramos. Las tierras de un país son, por derecho natural, herencia que corresponde a toda la nación sobre cuya utilización y ocupación descansan todas las actividades de sus habitantes y sin la cual la vida misma resulta imposible de concebir.

El que existan personas en condiciones de poder exigir alquileres o tributos por el uso de la tierra —creación de la naturaleza— es contrario al concepto más elemental de bien público. Significa la violación de un derecho primordial y congénito de la raza humana e implica la servidumbre dentro de la nación, impuesta por determinadas personas sobre otras.

Tal cosa es sin duda legal. La esclavitud también lo fue en su tiempo. Su legalidad se basa exclusivamente en leyes e instituciones que nos han legado la época en que los terratenientes y señores podían —por la fuerza o el fraude— establecerlas en forma que contemplaran sus propias conveniencias. Pertenece a la categoría de los muchos subterfugios e imposiciones mediante los

cuales se ha atado siempre a los pueblos a una servidumbre inhumana. Estudiemos los orígenes primeros de todo título de propiedad de la tierra y encontraremos siempre la fuerza, la depredación del bandido armado, suficientemente poderoso para imponer su dominación sobre otros hombres, o lo bastante astuto como para aprovechar en su propio beneficio del patrimonio común de la tribu o comunidad de que forma parte. Ninguna razón moral o de justicia puede dar base a este temperamento de ligar a una gran parte del pueblo por tiempo indefinido a este tributo impuesto por una clase rapaz dando sanción legal a la propiedad privada de una cosa que es esencial e imprescindiblemente necesaria para la vida. (Sanción legal en este caso significa la sanción de la clase rapaz misma en cuyas manos está el control de la formulación de las leyes).

Ese es el significado de la propiedad privada de la tierra. Cuando decimos que una persona es dueña de tal cantidad de tierra, no hacemos sino indicar un estado de cosas que permite a un hombre disponer del poder necesario para desviar hacia su propio beneficio el resultado de todo el trabajo y actividades que se realizan dentro de un área determinada, de hacer pagar a toda su población un tributo por el derecho de vivir sobre la tierra en que ha nacido. Tanto daría establecer la propiedad privada del aire exigiendo que se pagara el derecho a respirar, lo cual no sería mucho más ridículo, por lo demás, que lo que ocurre con la tierra. Se trata en verdad de una simple combinación inventada con el fin de imponer el sostenimiento de una clase ociosa al pueblo que trabaja, obligando a la gente que vive y labora la tierra a mantener a un poderoso grupo

de astutos parásitos y bandidos organizados. Felizmente esta cuestión va cesando de ser contemplada como una cosa respetable y su injusticia reconocida hasta entre los mismos políticos ortodoxos.

La posición que ocupan las clases terratenientes y capitalistas puede ser ilustrada con mayor claridad mediante una comparación. Hace algo más de un siglo, teníamos en Inglaterra lo que entonces se conocía por "el sistema de la sinecura". Era un hermoso don de la Providencia que permitía a los jóvenes descendientes o a los amigos de las clases gobernantes, obtener con facilidad recursos que significaban una verdadera canongía. En efecto; casi la totalidad de los puestos públicos se llenaban mediante el nombramiento, efectuado por la Corona, de una persona que a su vez tenía el derecho de nombrar un sustituto. El nombramiento para uno de estos empleos y el trabajo que ese mismo empleo podía involucrar eran cosas tan distintas y separadas como lo son en la actualidad la propiedad de la tierra y el trabajo en ella necesario para que produzca. La persona nombrada gozaba de los emolumentos fijados al empleo respectivo y nombrando a su vez a otra para que realizara la tarea correspondiente, con un sueldo inferior, reservábase para sí la diferencia, que aplicaba a satisfacer sus propias necesidades. La posesión del nombramiento era un simple subterfugio para conseguir recursos del trabajo de los demás, exactamente en la misma forma en que lo es actualmente la posesión de la tierra. Con frecuencia los tales empleos eran también hereditarios del mismo modo que en nuestros días lo es la propiedad de la tierra. En los comienzos del siglo 18º prácticamente todos los puestos públicos del país se llenaban mediante este sistema y la nación tenía el honor de mantener así a los miembros y relaciones de las clases gobernantes que de otro modo se hallarían en la miseria o hubieran debido trabajar.

Estos empleos eran indudablemente y sin atenuante alguno, verdaderas sinecuras y todos los servicios públicos, al ser llenados sus puestos en esa forma, servían como medio y excusa para producir entradas a un ejército de personas ociosas e irresponsables; exactamente igual a lo que sucede ahora con la propiedad privada de la tierra.

En 1782 Burke abolió la mayor arte de esas sinecuras. Y los mismos gritos y airadas protestas respecto a que se trataba de "una confiscación y un robo", de "desposeer a la gente de lo que le pertenece" que se elevan en la actualidad contra el Socialismo de parte de los propietarios de la tierra y los capitalistas, se elevaron entonces de parte de aquellos empleados nominales a quienes se privaba de sus canongías. Horacio Walpole, que formaba también parte de ellos, escribía al respecto con amargura:

"El que de antiguo viene usufructuando un "nombramiento, lo hace con el mismo derecho "legal que cualquier señor con sus dominios, pues "ese derecho tiene en ambos casos idéntico ori- "gen; el señor posee sus dominios por voluntad "de la Corona por la cual poseo yo también mi "nombramiento."

Y Horacio Walpole tenía toda la razón del mundo. No hay diferencia alguna entre la propiedad de la tierra y el antiguo sistema de la sinecura en los empleos y puestos públicos. Am-

bos no son otra cosa que combinaciones o subterfugios para imponer a la nación el sostenimiento de una clase constituída por parásitos y holgazanes, desviando hacia sus bolsillos los recursos producidos con el trabajo de la colectividad. (3).

El Socialismo sostiene que la solución del problema de la miseria sólo puede conseguirse desembarazando al país de este sistema de la propiedad privada de la tierra y del capital que impone tributos al trabajo que constituye una permanente sangría en la vida de la nación. Si ésta desea que la riqueza producida sobre su suelo llegue a los hogares y vidas del conjunto de su población, debe ella misma ser la propietaria de sus tierras y de sus capitales, controlando las fuentes de las cuales esa riqueza proviene y de la cual depende la existencia de todos sus habitantes. La nación debe organizar su propia industria de forma que su producción sea aplicada a satisfacer las necesidades de la vida general del país.

Tal es el contenido de la doctrina socialista: propiedad colectiva de la tierra y de los medios de producción y de distribución de la riqueza; y la organización de la industria bajo esa propiedad colectiva, dándole un carácter de servicio público que beneficie a todos, dirigiéndola con fines de utilidad social para satisfacer las necesidades

(3) Es curioso hacer notar de paso —lo cual demuestra cómo la historia se repite— que uno de los argumentos utilizados por esos parásitos sociales era el de que por su intermedio conseguían trabajo muchas personas necesitadas y que la abolición de tal sistema significaría por eso un gran perjuicio para mucha gente pobre obligada a trabajar!

del conjunto de la población en lugar de que sirva, como ahora, a propósitos de mero enriquecimiento de una clase privilegiada de propietarios.

Es en favor de esta finalidad que los socialistas trabajan. El Partido Socialista no puede llevarla a cabo ni pretende ser capaz de alcanzarla por sí mismo. Es la nación quien ha de realizarla. El Socialismo no es una cosa que los socialistas prometamos dar al pueblo. Es un principio, una teoría a aplicar a la vida y a la organización del trabajo dentro de la nación, que ésta misma ha de aceptar o rechazar. Nuestra misión en política es llevar al pueblo al convencimiento de la justicia de ese principio. Estamos convencidos de que en él residen la esperanza y el porvenir del mundo, la posibilidad de llegar a constituir una verdadera sociedad humana en la cual la ciudadanía signifique la garantía dada por la colectividad en el sentido de que todo hombre o mujer tendrá dentro de la vida de la nación la oportunidad integral de desarrollar todas sus aptitudes.

La explotación del hombre por el hombre ha adoptado infinidad de formas en el transcurso de la historia humana. Pero cualquiera haya sido su forma exterior, su carácter fundamental y distintivo es que un hombre tenga poder suficiente para decir a su semejante: "Yo viviré placenteramente gozando de los bienes del mundo, haciendo que tú me proveas de ellos con tu trabajo". Y cualquiera sea la combinación o subterfugio que permita a algunos hombres hacer tal cosa y mientras lo hagan, la esclavitud será una realidad. La lucha contra la propiedad privada de la tierra y del capital, la lucha por el Socialismo, por el control nacional sobre los recursos propios

de país, es la última batalla de la guerra que desde el fondo de los siglos viene teniendo lugar en favor de la liberación de la humanidad; esta batalla no puede resolverse sino de una sola manera y su terminación significará la desaparición final y definitiva, dentro de la sociedad humana, del derecho de que goza una clase poseedora a vivir mediante el tributo impuesto sobre el trabajo de otra clase sometida.